

# Mar

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

El primer recuerdo es molesto: el escozor de la sal en las heridas de infancia. Primero te sacude, después te anestesia y el cuerpo queda como curado y limpio. Me caía mucho, me raspaba y encontraba gran placer en sacarme la costra seca de la herida. Mis rodillas son un mapa de cicatrices microscópicas. Entonces había una casa pequeña: paredes de madera húmeda, techo de chapa y piso de arena. Íbamos los domingos, los caseros sacaban las hamacas, un balde de ostras frescas –lo mismo que comían los chanchos por esa época– y cocinaban el pescado. Los adultos se echaban a dormir y a los niños nos mandaban al mar. Jugábamos a pasar largos ratos bajo el agua con los ojos abiertos, irritados y curiosos: peces de colores, corales, aguamalas, algas verdes atravesadas por puñales de luz que caían implacables desde la superficie. Era el cine 3D que todavía no existía. Nunca aprendí a nadar, pero siempre tuve la sensación de que jamás me ahogaría.

Hubo un tiempo, el primero de todos, en que el mar era un territorio próximo, familiar y rutinario. Sacarse la ropa y los zapatos, caminar dos, tres metros y zambullirse. No había mucho más que hacer. Eran jornadas propicias para el pensamiento ocioso y cíclico. Flotar de cara al cielo, dejarse arrastrar por la corriente hasta algún lugar lejano. Medio millón de gacelas Thomson migraban a Kenia dos veces al año. Sabía esas cosas, o me las inventaba.

Después vino el hastío, semana tras semana: otra vez el mar. Qué raro que un charco de agua infinita provoque raptos de poesía. Al próximo poeta que proponga un verso sobre el mar, córtenle los dedos de un tajo y que lo escriba con sangre.

Exigí una hamaca para mí. Anda al mar, dijo mi madre. No. ¿Por qué? Odio el mar. Mi madre también lo odiaba. Tiempo después me enteraría de que su novio de la adolescencia había muerto ahogado. Ella estaba con él, habían hecho picnic en una lona a cuadros, habían nadado hasta agotarse y estaba por caer el sol. Un buque mercante entraba en el horizonte. Él la tomó de la mano: vamos a nadar. Es

tarde. Dale. La ola violenta se lo sacó de la mano en cuestión de segundos. Cuando ella despertó estaba en la orilla: los ojos del salvavidas la miraban aterrados; de fondo había un montón de cabezas a contraluz. Mi madre se alejó del mar todo lo que pudo y fue volviendo de a poco. Lo más cerca que había llegado era esa choza de domingo, de la que casi no salía. Yo también me alejé, pero por razones distintas. Me recliné en la montaña y después en la llanura.

En unas vacaciones fui de visita: la choza se había agrandado, al igual que la familia. Fuimos todos, salvo mi madre, a nadar. El mar estaba ahí, quieto y sugerente, y mientras lo miraba desde afuera pensé que había pocos espacios que conociera más. Me pertenece, pensé. Le pertenezco. Tomé a un sobrino de la mano para mostrarle lo que había debajo del agua —esta vez con antiparras—, y apenas entramos un aguamala se me pegó en la pierna. Se sintió como una tenaza. La cura era orina caliente. No sé quién la produjo pero ahí estaba: en una botella plástica de *Sprite* cortada al medio, derramándose sobre mi pierna, mientras el sol y el dolor me nublaban la vista. El mar se haría recuerdo lejano.

\*

Empecé a volver por caminos insospechados.

Recuerdo una ventana alta. Uno sacaba la cabeza y veía una mancha azul verdosa que se fundía con el cielo. El Mediterráneo, calmo —oso. Fue una noche en el departamento de una pareja amiga que festejaba su aniversario. Era la ciudad de Málaga y yo estaba de paso en un Festival. La casa era ínfima, podía decirse que vivían en una biblioteca con cama. Y la vista, claro, sobre todo vivían en la vista. Él se dedicaba a escribir, ella trabajaba en el Festival. Debíamos ser veinte personas buscando un puñadito de aire en la ventana. Cuando fue mi turno de sacar la cabeza, el viento salado me golpeó de frente. Par de cachetazos de una tía rústica: ¡dónde has estado! El pelo pegado al cráneo, la piel aceitosa y esa sensación amoníaca en el tabique. Estaba de vuelta. En otra geografía, pero de vuelta. Al día siguiente me fui a recorrer pueblos de la costa y el mar se convirtió en algo extrañamente agradable: en proveedor de pescaditos fritos y sardinas carnosas que acompañaba con aceitunas y jerez; en un recorrido musicalizado por “Maldito Raphael”; en el telón de fondo de un reencuentro postergado. En compañía silenciosa, en descubrimiento.

Este mar obraba en mí de otra manera –soy alguien con tendencia a la desdicha, me quejo y me lamento en circunstancias fabulosas–: debió ser una de las poquísimas veces que un viaje me hizo feliz. En lugar de fantasear con migrar a Kenia, necesité acercarme. Meter los pies en el agua y chapotear un poco. No pasé de la orilla ni toqué el horizonte, pero ahora estaba más cerca.

\*

En mi período de abstinencia marina descubrí el temor a lo incontrolable. El mar, a diferencia de lo que insinúan las postales, dista de ser amable y apacible, pero eso no se sabe de movida. Algunos niños le temen, a lo mejor son más intuitivos. Yo tardé en darme cuenta: ahora sé que el mar, además de una foto, también es un Alien que fagocita territorios y se traga humanos cada tanto. Las criaturas que lo habitan no son inocuas, basta mirar cualquier documental del rubro marino para entender –de un modo muy elemental– a lo que nos enfrentamos. Siempre que bordeo el mar en un vehículo –por alguna razón los viajes me llevan a bordear mares en vehículos– pienso en tres amigas que tenía en la adolescencia. Gastábamos las tardes en la camioneta de una de ellas paseando por la ciudad, nos parqueábamos en los muelles a fumar escondidas. Una tarde mis amigas –sigo sin recordar por qué yo no estaba– se encontraron con unos chicos en otra camioneta que les propusieron hacer un pique. ¿Y qué iban a decir? Adolescentes y velocidad siempre fue un coctel seductor. En una curva muy pronunciada la camioneta de mi amiga perdió el control y cayó de trompa en la bahía, que es lo mismo que un mar pero encerrado. Las ventanillas automáticas se trabaron. El seguro también. Quedaron atrapadas en una cápsula marca Mitsubishi que por alguna rendija se fue llenando de agua y de bichos y de yuyos marinos a una velocidad aterradora. Los amigos que las seguían se lanzaron al agua para rescatarlas. Uno de ellos consiguió abrir la puerta trasera a patadas. Al final se salvaron, pero hubo traumas que persisten. Años más tarde, el mismo héroe que salvó a mis amigas de morir ahogadas, se tiró por la ventana de su casa. Vivía con su mujer, su hijito y su psicosis en el piso 17 de un edificio frente al mar.

\*

En una ocasión me dejé convencer para ir de vacaciones al Uruguay. Me había mantenido incólume a esa costumbre argentina de vacacionar en el país vecino. A

decir verdad, me había mantenido incólume a esa costumbre, a secas. No vacacionaba porque en muchas culturas –casi todas– eso significa irse al mar. Yo crecí en el mar, es decir que crecí de vacaciones. Cuando abandoné mi ciudad costera pensé que lo mejor que podía pasarme era vivir en un lugar alejado de la playa y dedicar menos horas al pensamiento ocioso y cíclico. Lo primero sucedió, lo segundo no. Crecer mirando el agua, aspirando el salitre y buscando la sombra te condena a la divagación inconducente. Y, de algún modo, de eso vivo.

Al principio, el mar uruguayo me pareció fiero y ruidoso. Después, me pareció, además, traicionero. Sucedió una tarde de luz rojiza después de una larga caminata por la orilla. Me sentía liviana y reflexiva: no es que no me guste el mar porque me haya hecho algo malo, pensaba, hasta el momento todo lo malo le ha pasado a otros y es probable que cada circunstancia tenga su explicación aislada. Pensaba más: en realidad no me gusta el mar por lo que propone, desde la mera contemplación hasta el uso discrecional –y predecible– de sus aguas y orillas. ¿Pero acaso preferiría el trekking? El mar me parecía un misterio aburrido, pero mal que bien ese misterio era mi pariente. ¿Qué daño podía hacerme?

Me lancé a las aguas uruguayas como gacela al firmamento. Estaba fría, pero el sol compensaba. Había cometas que rompían nubes. Fue un lindo momento. Recordé el puerto de Lisboa, donde había estado un año atrás mirando buques mercantes provenientes de Egipto, y pensando en ese que mi madre mencionaba en el relato de la muerte de su novio. Además de todo lo que ya sabía sobre el mar, volví a experimentar su potencia evocadora. El mar es un dispositivo que pincha la memoria y la hace disparar recuerdos anudados, conectados como argollas en una cadena larga y gruesa que alguna vez, quizá, te conduzca a un ancla.

La ola violenta me encontró con los ojos cerrados, me chupó hasta el fondo y, por mucho que intenté salir a flote, el agua –vuelta catarata persistente– me lo impedía. Estaba sola, pero si hubiese habido una multitud nadando en círculo a mi alrededor, tampoco se habría enterado. Si algo recuerdo con claridad de ese episodio son mis gritos apagados, y una fuerza más fuerte que la gravedad que me empujaba hacia abajo. ¿Cómo salí? No tengo idea. Creo que el mismo mar me escuchó de vuelta y avancé como pude hasta la orilla. Después me arrastré unos metros más hacia afuera y ahí quedé, bufando, como un boxeador al acaban de noquear.

Pensé que sería el punto de no retorno. Esa vez, en Uruguay. Me levanté y caminé en sentido contrario al agua, y mi plan de vida no contemplaba pegar la vuelta jamás. Recuerdo haber llegado a la casa donde me alojaba y encontrar a un grupo de amigos contentos jugando a La Generala. Me escabullí hasta la habitación, hice mi bolso y me fui. Por tierra. Por años.

Este texto me encuentra en Pinamar, donde vinimos a pasar el epílogo del verano. Ya es entrado marzo, casi no queda nadie en la playa. Los perros y paseantes usan abrigo. Mi marido, M., juega en la orilla con mi hijo V. M. le está contando algo sobre caracoles, la última fascinación de V. Ayer recolectamos unas tres generaciones de caracoles blancos. Yo los miro, sentada a unos metros, y pienso estas frases que escribo.

M. veraneó en Pinamar toda su adolescencia. No le gusta especialmente, más bien todo lo contrario. Estamos acá porque resulta la opción más cercana y amable –es decir segura y conservadora– para que un varoncito de dos años descargue energía y empiece a construir su propia relación con el mar. A su corta edad ya recorrió varios, y en todos su reacción fue la misma: fascinación total. Cada mañana corre hacia el agua con desparpajo salvaje y yo me lanzo, endemoniada, a atarlo. Él se ríe, piensa que es un juego.

Y así se la pasan: jugando.

Mis dos chicos y el monstruo al fondo.

Es la sola presencia, ya lo sé, que consigue perturbarme y conmoverme en proporciones similares. Me he pasado la vida tratando de asignarle al mar algún rol fundante en mi constante ir y volver. Me he pasado horas mirando olas que se abocan a la orilla, voraces, para luego alejarse, dejando como único rastro su baba rabiosa. Para otros será la selva, la pampa, el desierto, el cielo estrellado, la autopista colmada de autos y carteles vista desde un pequeño balcón. En mi caso es el mar el que me empuja a preguntarme por el sentido de las cosas. ¿Qué cosas? Todas. Cuánta necedad, como si la geografía fuera algo más que una marca imaginaria en la tierra, una línea que se cierra y nos contiene bajo la premisa falsa de pertenecer. Quizá sea eso: que cualquier trazo en la tierra, aunque sea imaginario, se borra cuando toca el agua. La proximidad del mar es garantía de márgenes inconclusos, abiertos frente a la inmensidad, y de elementos expectantes ante un

horizonte lleno de promesas.

Los chicos me llaman. Me cuelgo en la foto de sus cuerpos recortados, aves que planean, el muelle a un costado. La retengo unos segundos y después la dejo ir. Me acerco a la orilla, me mojo los pies. V. me ofrece su mano, la tomo y miramos hacia el frente. Quizá lo aprieto demasiado porque intenta zafarse, pero no lo dejo. Mientras yo esté a su lado, pienso, mantendremos la distancia prudencial.

El agua está fría, las olas rugen.

*Pinamar, marzo de 2016.*

# Cinco apuntes sobre periodismo narrativo

*ALBERTO SALCEDO RAMOS*

## I: En busca de un Jueves Santo

Cuenta Juan José Hoyos que, en sus primeros tiempos como cronista de un importante periódico colombiano, sufrió muchos desengaños por la falta de espacio para publicar sus historias. En realidad, no era que escaseara el espacio, sino que se lo negaban con el argumento de que al público le fastidiaban las crónicas. El país estaba en crisis –le decían– y por eso el mejor camino para acceder al lector era informar escuetamente sobre lo urgente.

Para sortear el escollo, Juan José apeló a dos cualidades de las que nunca se habla en las escuelas de periodismo: resistencia y malicia indígena. Lo primero le sirvió para aguantar los desencantos sin pensar en retirarse y sin contemplar la opción de arrojarle por la ventana. Y lo segundo, para descubrir la única luz posible en medio de aquella oscuridad. Había –¡Eureka!– una manera de publicar sus crónicas cada semana: el truco consistía en mandarlas a la redacción los jueves por la tarde, que era cuando los editores salían del periódico hacia el club a jugar golf.

Conviene que muchos chicos que andan por ahí con ganas de publicar crónicas vayan tomando nota de este inesperado requerimiento: para sobrevivir no basta con aguzar el ojo y cultivar la voz personal: hay que endurecer la piel, blindarse contra las inclemencias del entorno, alinearse sin titubeos en el bando de los testarudos. Sin esa terquedad será imposible sobrevivir a la tiranía de ciertos medios que confunden lo urgente con lo importante, y no por desorientación profesional sino porque, evidentemente, están más interesados en las cuentas que en los cuentos. Y sin duda por eso –como bien lo observa el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez– prefieren una forma telegráfica fácil de digerir, cuyos componentes básicos son los datos, el sensacionalismo y el lenguaje universal de los números. “Bajo

esa forma”, añade Vásquez, “el suceso es: ‘Asesinados acaudalado granjero y 3 familiares’; bajo la forma de Capote, A sangre fría”.

No es justo que, tal y como lo advirtió Ryszard Kapuscinski unos años antes de morir, los medios masivos subordinen la verdad a lo interesante o lo que se puede vender. Tampoco es justo que un gran sector del periodismo de nuestros países siga creyendo que solo se consiguen noticias de interés poniendo una grabadora al frente de los funcionarios públicos que necesitan hacer sus anuncios o deshacer sus entuertos. Y tampoco es justo que mucha gente digna solo aparezca en las páginas de la gran prensa cuando es víctima de una tragedia. Bienvenido a la realidad, amigo cronista: te vas a topar con ella tarde o temprano. Como es muy posible que la situación persista durante el resto de tu vida, más te vale que no pierdas el tiempo quejándote. Esperar pacientemente la llegada de tu Jueves Santo para publicar, a hurtadillas, esa crónica que te ha quitado el sueño, como hacía Juan José Hoyos a comienzos de los años 80, quizá te parezca una pequeñez. Pero no estamos armando el decálogo del pequeño bribón sino advirtiendo que un buen punto de partida es la testarudez del cronista, su férreo compromiso individual.

## II: Un asunto de memoria

Los escritores de ficción no son más importantes, *per se*, que los de no ficción, sólo porque imaginen sus argumentos en lugar de apegarse literalmente a los hechos y personajes de la vida real. Raymond Carver, extraordinario poeta y narrador, decía que lo que define a un escritor grande es “esa forma especial de contemplar las cosas y el saber dar una expresión artística a sus contemplaciones”. En un cuentista de la talla de Rulfo se aprecian esos dones, pero lo mismo se puede decir de ciertos escritores notables de no ficción, como Joseph Mitchell y Gay Talese. Hay todavía muchos escritores de ficción convencidos de que quienes escriben no ficción son indignos del calificativo de escritores. Está claro que para ellos literatura es literatura y periodismo es periodismo. Sé de muchos que cuando oyen hablar de periodismo literario sacan la pistola de Goebbels para castigar al hereje. Para ellos, eso es como revolver peras con cebolla larga, o sea, como juntar dos elementos incompatibles, lo exquisito con lo grotesco, o lo memorable con lo fugaz.

Es más frecuente hablar de los aportes de la literatura al periodismo que de los

aportes del periodismo a la literatura. Cuando se trata del primer caso, que es lo predominante, se mencionan las técnicas narrativas, el empleo del punto de vista, la construcción de imágenes, el uso de las escenas y la creación de las atmósferas. Todos esos recursos, ciertamente, proceden de la literatura y contribuyen a embellecer el periodismo en lo formal y a dotarlo de un poder mayor de penetración. Pero veo que se habla muchísimo menos de los aportes del periodismo a la literatura, lo cual se me antoja injusto.

Muchos grandes escritores se han referido a su deuda con el periodismo. Pienso, por ejemplo, en Gabriel García Márquez, en Albert Camus, en Truman Capote y, por supuesto, en Ernest Hemingway, aunque este último dijo una vez que el periodismo es bueno para un escritor siempre y cuando lo abandone a tiempo. Yo creo que el periodismo adiestra al escritor en el descubrimiento de los temas esenciales para el hombre. Me parece que en esta profesión uno tiene acceso a un laboratorio excepcional en el que siempre se está en contacto con lo más revelador de la condición humana. Uno aquí ve desde reyes hasta mendigos, truhanes, bárbaros, seres maravillosos, de todo, y eso es útil para construir universos literarios creíbles y ambiciosos. En los últimos años se han incrementado las novelas basadas en hechos y personajes de la realidad. Me atrevería a decir que el periodismo le sirve al escritor para humanizar su escritura y bajarse de la torre en la que a veces se encuentra instalado.

Los periodistas narrativos creemos que para escribir sobre un pueblo remoto no es necesario esperar a que ese pueblo sea asaltado por algún grupo violento o embestido por una catástrofe natural. El académico Norman Sims dice –y yo lo cito, a riesgo de sonar pretencioso– que los periodistas narrativos no andan mendigando las sobras del poder para ejercer su oficio. Y como si fuera poco, el periodismo narrativo que hoy leemos como información dentro de unos años será leído como memoria.

### **III: La roca de Flaubert**

La historia me la contó Julián Lineros, reportero gráfico que ha cubierto muchos sucesos del conflicto armado en Colombia. A un pueblo del Putumayo llamado Piñuña Negra, reconocido fortín del grupo guerrillero las Farc, llegaron en cier-

ta ocasión varios convoyes de soldados regulares con el propósito de erradicar a los insurgentes. Los soldados, según Lineros, se apostaron en varios puntos estratégicos para protegerse del fuego contrario. Los guerrilleros estaban escondidos y lo único de ellos que se percibía en el pueblo era el tableteo de sus ametralladoras. Los soldados demoraron cerca de dos horas disparando impetuosamente contra aquel enemigo invisible. Poco a poco empezaron a notar que las balas de la guerrilla se iban silenciando, hasta que se callaron del todo. “O los matamos”, concluyó el comandante, “o los hicimos huir”.

Después de tomar las precauciones del caso salieron de sus barricadas para otear el panorama. Lo que descubrieron entonces los dejó pasmados: los guerrilleros habían estado en el pueblo ese mismo día, pero se marcharon, al parecer, cuando sintieron llegar a los soldados regulares. Eso sí: antes de irse colocaron en varios radiolas del pueblo discos compactos que contenían disparos pregrabados.

El Ejército, como es apenas obvio, mantuvo en secreto aquella heroica batalla suya contra un escuadrón de CD's, lo que confirma la sentencia de Manuel Alcántara, el poeta andaluz: “lo curioso no es cómo se escribe la historia, sino cómo se borra”. Una función importante de la crónica es impedir, justamente, que la borren o que pretendan escribirla siempre en pergaminos atildados en los que no hay espacio ni para la derrota ni para el ridículo.

Lo que me gusta de esta historia no es su rareza circense, sino la promesa que me regala: la realidad está llena de sucesos que merecen ser contados y, por tanto, voy a pasarla bien mientras siga siendo cronista. Porque como bien lo dice Leila Guerrero, mi admirada amiga y colega argentina, la realidad, vista por los ojos de los buenos cronistas, “es tan fantástica como la ficción”.

Mi Nirvana no empieza donde hay una noticia sino una historia que me conmueve o me asombra. Una historia que, por ejemplo, me permite narrar lo particular para interpretar lo universal. O que me sirve para mostrar los conflictos del ser humano. Sigo al pie de la letra un viejo consejo de Hemingway: “escribe sobre lo que conoces”. Eso quiere decir, sobre lo que me habita, sobre lo que me pertenece. Aunque el tema carezca de atractivo mediático, si creo en él lo asumo hasta sus últimas consecuencias.

Me sentí especialmente orgulloso de mi oficio el día que leí esta declaración

del escritor rumano Mircea Eliade: “en los campos de concentración rusos los prisioneros que tenían la suerte de contar con un narrador de historias en su barra-cón, han sobrevivido en mayor número. Escuchar historias les ayudó a atravesar el infierno”.

Los contadores de historias también buscamos, a nuestro modo, atravesar el infierno. Flaubert lo dijo hermosamente en una de sus cartas: un escritor se aferra a su obra como a una roca, para no desaparecer bajo las olas del mundo que lo rodea.

#### **IV. El oficio más bello del mundo**

Me preguntan con frecuencia para qué sirve el periodismo en estos tiempos de redes sociales y vértigo noticioso. Suelo responder que, aunque los periodistas ha-yamos perdido el monopolio de la información, el periodismo sigue siendo muy útil para lo mismo de siempre: denunciar, informar, narrar, analizar, orientar y, sobre todo, ayudar a entender.

El escritor Héctor Rojas Herazo decía que amaba a quienes buscan la verdad pero desconfiaba de quienes creen haberla encontrado. Ejercí el periodismo con un ojo puesto en esa máxima.

Acaso lo mejor de ser periodistas es tener la oportunidad de ponernos en los zapatos de los demás para comprenderlos. Para comprendernos.

El periodismo nos permite ser testigos, y luego contar. Hay que vivir tal situa-ción para saber lo especial que es. Además, haciendo periodismo uno aprende mucho sobre la condición humana.

¿Y lo peor? Supongo que los riesgos, especialmente en aquellos lugares donde, según el poeta Jaime Jaramillo Escobar, exponer las opiniones no atrae a un con-tradictor dialéctico sino a un sicario.

O quizá lo peor son los sueldos. En América Latina he conocido legiones de periodistas desencantados de este aspecto del oficio. Es una paradoja triste: mos-tramos los problemas que tienen otros profesionales por causa de los malos sala-rios, pero nunca escribimos sobre los que tenemos nosotros por la misma razón.

Sin embargo, nos damos el lujo de ser felices en tales condiciones, y hasta repetimos, en coro con Albert Camus, que el periodismo es el oficio más bello del mundo.

Las nuevas tecnologías han transformado el oficio. Pero tales transformaciones no alteran el fondo de nuestro compromiso. Los medios tradicionales se inventaron la prisa como valor casi único del periodismo, y luego, cuando las redes sociales empezaron a desafiarlos en ese terreno de la velocidad, ya no supieron qué hacer.

Borges decía que no hay nada más nuevo que el periódico de hoy ni nada más viejo que ese mismo periódico al día siguiente. Y eso que en los tiempos de Borges la inmediatez se medía en horas, no en segundos. Si el compositor puertorriqueño Tite Curet Alonso estuviera vivo, ya no le diría a su musa que su amor es un periódico de ayer, sino que es un tuit de hace diez minutos.

Lo que quiero decir es que la velocidad no puede ser el único valor del periodismo. Tampoco el culto a la tecnología.

Si Robert Capa viviera También tomaría fotos con un teléfono móvil, pero él tendría claro que la herramienta tecnológica es un simple canal del mensaje y no el mensaje mismo.

Hay que tener curiosidad. Hay que ser acucioso. Saber quién sabe lo que uno no sabe, y preguntarle –como proponía don Alfonso Castellanos– es una manera muy linda de terminar sabiendo. Uno de los principales mandamientos del oficio es administrar la ignorancia.

Por último, no hay que confundir periódicos con periodismo. Los primeros suelen acabarse cuando no les funciona la parte mercantil. El periodismo es una necesidad social, y como tal sobrevivirá aunque no exista ningún periódico.

## **V: Bonus track: Un decálogo final para cronistas**

Si no eres porfiado, olvídalo. De entrada te dirán que no hay espacio, ni dinero, ni lectores. En vez de perder tiempo quejándote, pon el trasero en la silla como proponía Balzac. Y cuando empieces a trabajar escucha el consejo de Katherine

Ann Porter: no te enredes en asuntos ajenos a tu vocación. A un narrador lo único que debe importarle es contar la historia.

Cuando la historia es buena y está bien contada posiblemente le interesará a algún editor. Pero nadie te lo garantiza. En caso de que no la publiquen, por lo menos te quedará una crónica ya terminada. Guárdala como un tesoro: podría motivarte a hacer otra. Si dejas de escribir cuando los editores te cierran las puertas, tal vez mereces que te las cierren.

Aunque tengas un trabajo de tiempo completo en un periódico o manejes un camión de carga, debes escribir. Ninguna excusa es válida. Si solo atiendes los llamados del estómago, ¿para qué seguimos hablando?

Cree en los temas que te impulsen a escribir. Ya lo dijo Mailer: cuando un tema atrape tu atención no lo sometas a la duda.

Puedes escribir sobre lo que quieras: sobre un asaltante de caminos, sobre las enaguas de tu abuela, sobre el escolta del presidente, sobre la caspa de Tarzán, sobre lo triste, sobre lo folclórico, sobre lo trágico, sobre el frío, sobre el calor, sobre la levadura del pan francés o sobre la máquina de afeitar de Einstein. Pero por favor no aburras al lector. Escribir crónicas es narrar, narrar es seducir. Los buenos contadores de historias convierten el verbo narrar en sinónimo de encoñiar. Son como Don Vito Corleone: le hacen al lector una oferta que no puede rechazar.

Confieso que me producen alergia las historias que lo reducen todo al blanco y al negro. Desconfío de las moralejas y por eso no leo fábulas. O las abandono a tiempo para que el lobo viva tranquilo después de comerse a Caperucita Roja y para que el dueño de la gallina de los huevos de oro pueda sacrificarla sin remordimientos.

Algunos pretenden escribir mientras bailan una cumbiamba o asisten a un partido de fútbol. Pero el trabajo es una cosa y el recreo, otra. Concéntrate en tu oficio. Si no le dedicas al texto toda tu atención, posiblemente el lector tampoco lo hará.

Estar aislado es duro, te lo advierto, en especial cuando escribes historias de largo aliento. Sabes cuándo comienzas pero no cuándo terminas. En cierta ocasión me sentí tan oprimido por el encierro que consideré como mi gran utopía salir a pagar el recibo del teléfono. Luego están las dificultades propias del oficio: en una

jornada solo alcanzas a precisar un adjetivo, y al día siguiente lo borras porque ya no te gusta. Acuérdate de Dorothy Parker: “odio escribir, pero amo haber escrito”.

Si cuidas la escritura, si no te conformas con juntar las palabras de cualquier manera, lo más seguro es que tiendas a bloquearte. Bloquearse es un gaje del oficio. Indica que asumes el trabajo en serio. Sal a la calle a renovarte. Tomar distancia también es una forma de escribir.

Si eres de los reporteros que no leen más que noticias, declárate perdido. Hay que tener buenos referentes en el oficio. Solo al oír las voces de los maestros –Talese, Capote, Hemingway– y mirar el mundo con curiosidad genuina aprenderás a encontrar tu propia voz.

Por mucho que ciertos reporteros y editores ortodoxos renieguen de la crónica, tú tienes que creer. La crónica le pone rostro y alma a la noticia para atender a un tipo de lector que no solo quiere atragantarse de datos. Algunos suponen que las verdades que no contienen el destape de una olla podrida son indignas de ser publicadas. En un continente saturado de corrupción siempre será apreciada la figura del higienista que fumiga a las alimañas. Sin embargo, me temo que la verdad no se encuentra solamente regando plaguicidas o frecuentando los manteles de los poderosos, sino también prestándole atención a la gente común y corriente, aquella que, por desdicha, solo existe para la gran prensa en la medida en que muere o mata.